

pueblo, ni se alienta tranquila esperanza en su sufrida calma. Diríase que quiere llevarse á eso que se llama nuestra regeneración la misma acción inconexa y precipitada que ha adelantado y agravado nuestro desastre. Todo se vuelve planes regeneradores, y pocos son los que se recogen á crearse en la conciencia un verdadero ideal y á formarse un concepto de la finalidad de la Patria.

Hay que convencerse de que en España los Gobiernos y las clases llamadas directoras, más bien que hacer necesitan dejar hacer, y en lugar de torzar al pueblo por caminos en él desusados, apartar los obstáculos que en su tradicional senda se le han puesto al destruir las fuentes de su íntima vida económica y religiosa.

No hay gimnasia, por sabia que sea, que pueda sustituir al ejercicio espontáneo al aire libre. No hagamos de esa instrucción que tanto se preconiza ahora, una gimnasia de aparatos, ni creamos tampoco que la instrucción vigoriza los sentimientos y crea el ideal. Más que de cartillas agrícolas necesita el pueblo de nuestros campos de sacudir el yugo de las rentas á señoritos que no distinguen el trigo de la cebada, y más que de ingenieros, de que no se ataque en beneficio de individuos la herencia de la vida comunal.

El deber de los intelectuales y de las clases directoras estriba ahora, más que en el empeño de modelar al pueblo bajo éste ó el otro plan, casi siempre jacobino, en estudiarle por dentro, tratando de descubrir las raíces de su espíritu. Si es que acaso ha sido una torpeza nuestro empeño en retener colonias cuando está la mayor parte de España por colonizar, no es menor torpeza la de anteponer el estudio de cómo han llegado otros pueblos á su actual grandeza aparente, al estudio de cómo vive, siente, trabaja, sufre, espera y ora nuestro propio pueblo.

Mil veces se ha repetido que en su desdichada gestión colonial ha ido España de concesión en concesión, y todas tardías. Se ha ido cediendo palmo á palmo, y á destiempo siempre. Parece que aún nos guía aquella máxima de *Las mocedades del Cid*, que resume la quintaesencia del Código del honor caballeresco de nuestro siglo de oro:

«Procura siempre acertarla
el honrado y principal;
pero si la acierta mal,
defenderla, y no enmendarla.»

Con tal de que no apareciera imposición, nos hemos negado á la justicia, y al cabo se nos ha impuesto, no ya la justicia sólo, sino mucho más.

Y, no es esto lo peor. Lo peor es que hay que temer que esta triste historia se repita, y que se repita por las mismas causas, por ignorancia del estado de las cosas y por necia terquedad en aparecer sufriendo imposiciones.

Perdido nuestro imperio colonial, y reclusos en nuestra pobre casa, no tardarán en surgir dos problemas sociales que absorberán á todos los demás: el que plantea el movimiento socialista obrero y el que impulsa al movimiento regionalista. Estas dos agitaciones tienen muchas más raíces comunes de lo que á primera vista aparece, con presentar el uno carácter internacional y de sobrada restricción el otro. En Francia misma el movimiento descentralizador, federalista, se apoya en gran parte en el problema económico social. Van de par la atracción sensitiva á la patria chica, al terreno homogéneo, y la atracción intelectual á la gran Patria humana. Tiéndese á una mayor y más perfecta diferenciación en virtud de impulso, consciente ó inconsciente, á una integración más alta y más compleja. Es un fenómeno de polarización entre el elemento concreto ó sensitivo y el abstracto ó intelectual del patriotismo.

Y no se tema por el patriotismo histórico ó nacional. Una nación sólo subsiste mientras tenga asiento natural económico y con ideal objetivo que cumplir.

Uno y otro sólo podemos esperarlos de sustituir á la unidad coercitiva y jacobina con la armónica integración de las vidas regionales. Mejor que la servidumbre mutua entre Castilla y Cataluña, pongo por caso, sometida aquélla al privilegio industrial de ésta, y Cataluña, á su vez, al régimen político de aquélla, es que la una pueda comprar donde más barato halle y la otra goce de autonomía por concierto.

Un régimen verdaderamente descentralizador acabaría con las elecciones por encasillamiento gubernativo y, por ende, con el régimen de los actuales partidos; con este desdichado sistema, en que no puede gobernar

ministerio que no cuente con mayoría absoluta en el Parlamento. El mantenimiento de tal régimen y con él de los resortes electorales en que descansa, es la causa de las más de nuestras desgracias, incluso de que no se pague á los maestros. Espero á este propósito demostrar que la desatención en que á la instrucción primaria se tiene es, ante todo, resorte electoral. Un régimen descentralizador es lo que puede acabar con esta política, que se reduce al arte de la producción, distribución y consumo del presupuesto.

Quisiera decir algo de la cuestión social en España, de su íntimo enlace con el movimiento regional, de la legislación del trabajo, aquí casi nula, etc., etc., pero esto sería el cuento de nunca acabar.

Termino estas notas repitiendo una vez más mi temor de que si en la cuestión colonial hemos ido de concesión en concesión y todas á destiempo por retraso, algo así pueda pasar en la cuestión económico-social y en la diferenciación natural interna. Y la causa principal será la misma: ignorancia. Ya muchos protestaron años ha, cuando aún era tiempo de que se concediese autonomía á Cuba, alzan el grito porque piden muchos catalanes para su región el concierto económico de que disfrutaban las Vascongadas. Que no sea tarde cuando haya que dárselo.

El primer deber hoy en España de las clases directoras es más que enseñarle al pueblo Física, Química y á hablar en anglo-sajón, estudiarle con amor y á fondo, sacarle su inconsciente ideal de vida, el espíritu que le lleva en su paso por la tierra, comprender sus diferencias regionales para consagrarlas é integrarlas y estudiar el porvenir del capital y del trabajo.

¿Puede vivir sano un pueblo en que se promulga un Código civil sin haber apenas tenido en cuenta sus costumbres jurídicas y su derecho consuetudinario? No se le pregunta al pueblo más que por el sufragio, en una lengua que no entiende. El, por su parte, calla y sufre, y cuando el exceso de su malestar le impulsa á quejarse, lo hace tomando las armas y yéndose al monte. ¿Quién se preocupa aquí de llegar al alma del carlista y ponerla á luz?

Hay un patriotismo más grande que el que anhela el mayor esplendor de la Patria en la historia y su predominio histórico; es el del que se pregunta cuál sea el fin de su propia Patria en la felicidad temporal y eterna de sus hijos, y cuál su papel en la penosa ascensión del linaje humano al reino de la paz y de la caridad cristianas.

MIGUEL DE UNAMUNO.

152/89

1-149

De regeneración

Incluido en
"España y los españoles"
n.º 101.

En lo justo

Reproducimos á continuación un hermoso artículo publicado en *El Globo* de Madrid y suscrito por don Miguel de Unamuno, que seguramente verán con gusto nuestros lectores por el gran fondo de verdad y de justicia que resplandece en todos sus conceptos.

Como no ignorarán nuestros lectores el señor Unamuno, muy joven aún, es considerado como una de las mayores y más legítimas esperanzas entre nuestros intelectuales. En la actualidad es catedrático de la Universidad de Salamanca.

Dice así el artículo:

«Mientras la masa popular española, cimentada en resignación, continúa su oscura labor de cotidiano trabajo, álzanse por aquí y por allá voces pidiendo regeneración, sin que tales voces logren cuajar en un verdadero ideal, porque no lo es el positivismo ó practicismo de importación, que se nos inculca á diario. Con ocasión de nuestro último desastre se han desencadenado todos los lugares comunes del progresismo práctico.

Paréceme, ante todo, que sufrimos no poco de hipocandria colectiva ó social, y que aun cuando no estemos muy sanos, es lo cierto que padecemos, más bien que todas esas enfermedades nacionales que se denuncian, la enfermedad de imaginarlas. Diríase que nos complacemos en exagerar los males y en hacernos, como ciertos enfermos, los interesados. Repítese el «estamos perdidos, aquí no hay regeneración posible», con cierta delectación morbosa. A los extranjeros que vierten sobre nosotros su desdeñosa compasión, hacen coro no pocos españoles que buscan eludir ese desdén con que se hiere á nuestro pueblo, abominando de éste en forma vergonzante. Hay un orgullo más barato, que el que como tal definió Shopenhauer al decir que nada está más al alcance de cualquiera que el envanecerse de pertenecer á tal ó cual pueblo ó raza, y este otro orgullo más barato aún, es el de desdeñar á su propio pueblo con intento de mostrarse elevado sobre él.

Al inquirir el complejo de concausas que nos han traído á nuestra actual postración, parece ponerse singular empeño en hacer resaltar las que á nuestro natural y carácter se deben, dejando en la sombra la parte del destino y la parte, mucho mayor, de la barbarie que impulsa á esa miserable cultura de la burguesía decadente. Se llega hasta ponernos como de modelo digno de imitar á esa misma agrupación norteamericana, revelación la más patente del íntimo espíritu del capitalismo burgués, que acaba siempre por hacerse agresivo, última flor del rebaño humano bajo el yugo de los grandes Sindicatos. El elevado cristianismo de los cuáqueros de Pensylvania, agoniza ahogado por el salvaje imperialismo de los idólatras del negocio.

Y, á la vez que no se oculta cierta admiración al bárbaro ó hipócrita vencedor, no se muestra fe alguna en la *virtus medicatrix populi*, en la vitalidad orgánica de nuestro

DIARIO DEL COMERCIO

Barcelona 9 noviembre 1898



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES